

N. Sánchez Madrid, *La música callada: el pensamiento social en la edad de plata española (1868-1936)*

Círculo de Bellas Artes 2023

Eduardo Guerrero Riesco

Con la publicación en 2023 de *La música callada: el pensamiento social en la edad de plata española (1868-1936)*, Nuria Sánchez Madrid – catedrática de filosofía en la Universidad Complutense de Madrid– se propone ofrecernos una mirada distinta sobre nuestra historia, nuestro país y sus gentes. El objetivo del libro, en este sentido, es claro: mostrar que no toda la realidad española es la de esa España conservadora e inmovilista, sino que existe una España sensible a los problemas y sufrimientos sociales, atenta al destino de los más débiles y proclive a impulsar el cambio hacia una comunidad mejor. Con este propósito, la autora dirige su mirada hacia un periodo concreto de la historia de España, a saber, esa edad de plata ampliada que se extiende desde el comienzo del primer experimento democrático –el Sexenio, con la Gloriosa de 1868 como símbolo– hasta el agrio final de la Segunda República, con el golpe de estado del 36, que acaba con múltiples proyectos e instituciones de reforma, transformación y progreso. Precisamente en estos años, Nuria Sánchez Madrid defiende que existe toda una serie de discursos y voces silenciadas u olvidadas con una sensibilidad particular hacia lo social, que se oponen, en buena medida, a esas grandes figuras que sí han sido foco de mayor atención y estudio. En el libro que aquí reseñamos, la autora saca a la luz tales muestras de que otro pensamiento español es posible, deteniéndose especialmente en algunas mujeres que, además, han sufrido el peso de un canon patriarcal. Desde este marco, el ensayo queda organizado en torno a cuatro ejes temáticos, titulados “Resignificar el dolor en la España del siglo XIX: la herida narcisista del 98 frente a la exploración de las causas del sufrimiento social”, “La convivencia territorial: federalismo y plurinacionalidad en España”, “Líderes y masas. El imaginario social de Costa a Zambrano” y “¡No hay pueblo español sin las mujeres! La pluralidad de voces feministas en la España de la Segunda República”.

La primera de estas secciones, “Resignificar el dolor en la España del siglo XIX”, nos traslada a la célebre generación del 98, con su consabida preocupación

por la situación de esa España finisecular. A través de dos de sus grandes figuras –como son Miguel de Unamuno y Ángel Ganivet, este último a modo de precursor–, Nuria Sánchez Madrid nos propone comparar su atención a España y sus males con la que le dedican otras figuras e instituciones, a menudo ni siquiera tomadas en consideración como interlocutores válidos en este debate; así, frente al casticismo de Unamuno y el españolismo conservador de Ganivet, sitúa a la Institución Libre de Enseñanza y dos autoras como Concepción Arenal y Rosalía de Castro. Frente a debates sobre si el pueblo español «sintonizaba con fuerzas inasequibles desde los parámetros burgueses para interpretar la realidad» (p. 50) o si hay «una suerte de compendio de las ideas hispánicas» basado «en una serie de tópicos, que, a su entender, han circulado siempre en nuestro país» (p. 62) que hace que quienes «no entienden España [...] solo merecen abandonarla o perecer en ella» (p. 65), Sánchez Madrid nos sugiere otros modos de atender el dolor: una ILE que «Lejos de todo pesimismo, su proyecto educativo encuentra en el «derecho social» un límite irrebalsable para la actividad del soberano» (p. 73) y que «se propone como antídoto de la polarización cognitiva y ética que impide abordar los intereses vitales del organismo social al que todos pertenecen» (p. 74); una Concepción Arenal que atiende al «potencial epistémico y moral del *dolor*, en el que se advierte un «elemento indispensable de nuestra perfección moral», que hace de la *compasión* el baricentro del orden social» (p. 87); o una Rosalía de Castro que «funde el yo lírico con las emociones que circulan entre las gentes, remarcando que estas no son las mismas en todas las clases sociales» (p. 112), pero consiguiendo a la vez «cultivar la compasión y superar la miopía perceptiva que impide reconocer el sufrimiento de quienes nos rodean» (p. 113). De este modo, contra la Gran España –castiza o abigarrada– y sus dolores noventaiochistas, la autora del ensayo nos presenta otros modos –más cercanos y atentos a la realidad del pueblo y su dolor– de pensar eso que aqueja a nuestro país.

La segunda sección, “La convivencia territorial”, nos habla de la difícil situación plurinacional española, que llega hasta nuestros días, y de algunos intentos de conciliarla, generalmente con poco éxito. Para ello, toma a Pi i Margall como la principal figura del movimiento federalista, estudiando sus planteamientos y el modo en que son recibidos y/o complementados por otros movimientos, autores y figuras como Valentí Almirall, Modesta Perió o la Amparo de *La Tribuna*. Partiendo de este padre del federalismo, con carácter fundamentalmente deliberativo y social, que «correlaciona el ajuste federal de España con un ambicioso programa de reformas sociales» (p. 125), Sánchez Madrid señala, no obstante, que tales reformas ignoran por completo la cuestión de las mujeres, al contrario que algunas figuras como María Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis, Modesta Perió, Guillermina Rojas, Magdalena Bonet i Fábregas, Matilde Cherner o la ya mencionada Amparo de Emilia Bardo Bazán; mujeres que, «convencidas de que la república era la mejor solución a los problemas de los sujetos más vulnerables del espectro social» (p. 138), desarrollan numerosas iniciativas civiles para fomentar la discusión política de las

mujeres y la reclamación de sus derechos al interior de la comunidad. En tercer lugar, la autora nos presenta la figura de Valentí Almirall, federalista preocupado fundamentalmente por la “cuestión catalana”, a saber, construir relaciones en pie de igualdad entre Cataluña y España. Un proyecto como el del catalanismo, esperanzado en la conciliación, se muestra no obstante incapaz de resolver los problemas territoriales que lo ocupaban, en la medida en que resultó ser «una suerte de “significante vacío”» (p. 170) incapaz de aglutinar las fuerzas sociales, demasiado alineado con los intereses de la burguesía catalana y, por ende, olvidando las necesidades de las clases trabajadoras. Para concluir la sección, Nuria Sánchez Madrid nos sugiere atender a la realidad plural española revisando algunas categorías orteguianas, sin dejarnos llevar por su ceguera centralista y unificadora. Para ello, propone acudir al trabajo de un historiador como Pedro Bosch i Gimpera, que nos invita a «contemplar el dispositivo federalista como único camino para articular las diferentes nacionalidades españolas, dejando a un lado los fatuos relatos de destino tan comunes en el pasado» (p. 189) y «sin caer nuevamente en símbolos de cartón piedra, fuente de una profunda violencia ética» (p. 190).

La tercera sección, “Líderes y masas”, dirige la mirada a la cuestión del gobierno, el pueblo y la soberanía política. En particular, Sánchez Madrid contrapone la visión burguesa y aristocrática de la política española que defienden dos autores como Ortega y Gasset y Ramiro de Maeztu y otra más democrática que puede apreciarse en Joaquín Costa y María Zambrano. Costa, por una parte, encuentra en el pueblo una clase de inteligencia y de autogestión –como la llamaríamos quizá ahora– merecedoras de crédito; en particular, sus estudios sobre el derecho muestran un conocimiento del campesinado sobre sus necesidades y sus capacidades que le es absolutamente desconocida a gobernantes: «El acta que Costa levanta sobre costumbres que conocía de primera mano en su Aragón natal se hace eco de la densa carga subjetiva –de deseos, miedos y creencias– que atraviesa toda negociación laboral» y «la conciencia latente de su forma de vida, un elemento más colectivo que individual, orientaba su proceder» (p. 224). Esta lectura contrasta con las posiciones de Ortega y Ramiro de Maeztu, quienes consideran al pueblo como un ente sin papel alguno en su propio gobierno: bien por la necesidad de fortalecer a las clases productivas, reconociendo «como sociedad genuinamente española solo a aquella integrada por sujetos activos y no parasitarios» (p. 233), bien por considerar que «una sociedad es funcional siempre que esté articulada por élites intelectuales, clase media especializada y masa popular» (p. 256), donde aquellas debe convencer a esta de dejarse conducir del modo que aquellas consideren. Frente a esto, y para cerrar el capítulo, Nuria Sánchez Madrid nos presenta el hilo que conecta a Antonio Machado y María Zambrano, donde «En España lo mejor es el pueblo. [...] En los trances duros, los señoritos –nuestros *barinas*– invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre y la salva» (p. 264, cita de Machado) y donde, por tanto «la democracia era la única vía abierta capaz de articular una coexistencia posible [...] en virtud de

la asunción de las diferencias y del abordaje del orden, no como quietud, sino como un diálogo permanente» (p. 295). Un pueblo que sabe conducirse y que debe hablar, por tanto, para evitar caer en homogeneizaciones destructoras como las que auspicia el fascismo.

La última de las secciones, “¡No hay pueblo español sin las mujeres!”, es, quizá, la más variada. En ella, la autora del ensayo recoge multitud de trabajos y prácticas de mujeres que, a lo largo de esta edad de plata, reivindicaron formas distintas –y realmente subversivas, en algunos casos– de entender la cuestión del género. Así, Rosa Chacel pone sobre la mesa –de la mano de los trabajos de Max Scheler– la absoluta necesidad de abandonar el binarismo sexual –y lo que este comporta en términos de normatividad–, binarismo que resulta «asfixiante para la juventud de su generación», y hacerlo de la mano de «la amistad y el amor homoerótico, excepciones del marco de desarrollo histórico del eros» (p. 308). Por otra parte, María Lejárraga y Clara Campoamor se ocupan de las relaciones entre la política y el estatus de la mujer: la primera, al margen de las instituciones, «era buena concedora de los beneficios que el asociacionismo tendría para la existencia de las mujeres. Multiplicar esos centros de encuentro y conocimiento recíproco era decisivo» (p. 320); la segunda, desde la política de partidos, nos enseña una firme convicción en la defensa política de los derechos de las mujeres y lo castigadas que sus convicciones fueron. María Zambrano, por su parte, pone el foco en la necesidad de una transformación cultural que recoja adecuadamente la realidad de las mujeres: «Lo que Zambrano echa más en falta es una firme voluntad para cohonstar los intereses de lo íntimo y lo privado con el desempeño público, que no debe confundirse con la mera emancipación económica» (p. 329). Finalmente, Luisa Carnés y Margarita Nelken señalan la importancia de la cuestión laboral en el seno del discurso feminista: aquella, en su novela *Tea Rooms*, «logra reunir una multiplicidad de voces que retratan las percepciones dominantes en las mujeres trabajadoras de una ciudad como Madrid a comienzos de la década de los 30» (p. 339); esta, por su análisis y disposición transformadora de las estructuras políticas que afectaban a las mujeres trabajadoras: «Analizando las instituciones, el ensayo de Nelken identificaba graves deficiencias que impedían en España una inserción laboral dignas para las mujeres», señalando que «Todas ellas podían solventarse con ayuda de cambios legislativos, pero ninguna vigilancia social se mostraba dispuesta a impedir el machadiano “retroceso de las culatas”» (p. 348).

Después de este recorrido, se aprecia bien la extensión y profundidad del trabajo de Nuria Sánchez Madrid. La selección de los cuatro ejes temáticos, contra lo que pudiera parecer en una primera impresión, se encuentran imbricados de forma impecable, mostrando que, lejos de ser cuestiones aisladas, componen una totalidad que corresponde con las preocupaciones de una cierta corriente del pensamiento español en la edad de plata. No en vano, el capítulo del dolor termina con Rosalía de Castro, que es a su vez muy consciente de los problemas territoriales que aquejan a su Galicia; el de federalismo concluye con una relectura crítica de Ortega, figura que reaparecerá al hablar del pueblo; y María

Zambrano, que cierra la sección de líderes y masas, reaparece para hablarnos del papel de la mujer en una sociedad democrática. Los nombres de este ensayo se enredan e intersecan constantemente para componer un paisaje político, atento al sufrimiento y a las cuestiones sociales, que nos habla de cuestiones que siguen presente en nuestro presente político y, más aún, nos señala hacia discursos con frecuencia desconocidos a los que, quizá, podemos mirar para resolver los de nuestra España contemporánea.